



CONSEJO NACIONAL DE EDUCACIÓN

DISCURSO DEL PRESIDENTE DE LA NACION A LOS PROFESORES DE ENSEÑANZA SECUNDARIA

Con el auspicio del Ministerio de Instrucción Pública, los profesores de enseñanza secundaria, normal y especial, en número de dos mil, se congregaron en esta Capital, el 21 de septiembre de 1934, en un "almuerzo de camaradería". El Señor Presidente de la República, General Agustín P. Justo asistió a esa reunión y pronunció el discurso que sigue:

"Señores: Al presidir esta reunión de maestros, desempeño una de las más elevadas funciones de la alta investidura que ejerzo. Educar a la juventud es labrar el futuro del país. Lo que el niño aprenda en la escuela, lo que la joven o el muchacho asimilen en los colegios ejercerá más influencia en el futuro de la Nación que la mayor parte de los decretos o de las leyes que trabajosamente dictan los poderes públicos. Es por eso, maestros, y doy al vocablo su más alta majestad, que vuestras tareas tienen más de sacerdocio que de profesión, más de corazón que de cerebro; es por eso que la patria del futuro está, puede decirse, en el futuro que labráis vosotros. ¡Juventud: seno fecundo donde germina el porvenir; ella será lo que el hogar y la escuela preparen!

Presidente de la Nación, que alguna vez fué también maestro, que impartió enseñanzas y modeló caracteres, estoy aquí entre vosotros por imperio de mi cargo y por lo que fui; estoy aquí para compartir con vosotros el pan de esta mesa de compañeros, que ojalá nos sepa a todos como comunión espiritual, que nos auxilie para ser siempre fuertes y abnegados. Estoy aquí para ejercer la influencia que me impone mi alto cargo, en bien de la educación y de sus obreros.

Nunca ha sido más delicada la misión del educador que en estas horas difíciles que vive el mundo sacudido por la acción de tan encontradas fuerzas. Estamos asistiendo a los

más variados experimentos de organización social y vemos hoy negar principios y creencias que ayer no más eran aceptados como verdades indiscutibles. Presenciamos el retorno de antiguos procedimientos, abominados en su hora, y acaso mañana presenciemos el repudio de lo que hoy se pretende erigir en verdad absoluta y convertir en panacea de los pueblos.

Pero en estas horas inciertas y azarosas nuestro país conserva felizmente una reserva moral que resulta de inapreciable valor en estas circunstancias. Y esa reserva de buen sentido, de fe, de patriotismo, de confianza, de optimismo, es la que acrecéis vosotros mediante vuestra enseñanza y vuestra prédica constante. Esa reserva es la que debe contribuir a formar el maestro de todas las categorías, empezando por el de la escuela primaria y terminando en el universitario. Esa es la obra que desarrolláis vosotros continuando la tarea de aquellos esforzados maestros que en los más apartados rincones de la República, inician a los niños en los primeros conocimientos que nutren el cerebro y en los primeros sentimientos de amor, de patria, de solidaridad, de confianza y de fe, que forman y templan el espíritu y determinan la orientación de la vida.

Vosotros sois los continuadores de la obra de esos obscuros y abnegados maestros, obra que no se puede apreciar con justicia si no se ha llegado a los más remotos confines del país, en donde se encuentra siempre la humilde escuela en un local aun más humilde. Sea en el desolado altiplano de la Puna, en la llanura boscosa del Chaco, en la dilatada extensión de la meseta patagónica o bien en los abruptos contrafuertes y hermosos valles de la cordillera austral, siempre la escuela aparece como un puesto adelantado de la civilización, como un centro — humilde en su apariencia pero grande por el espíritu que lo anima — que no sólo difunde instrucción sino también irradia altos y nobles sentimientos, llevando el calor de la nacionalidad y una vibración de patria a todos los extremos del país. Y al frente de esa escuela que desarrolla tan grande obra, el maestro, su verdadera alma, lucha tesoneramente en condiciones que lo señalan a la gratitud y a la consideración de todos.

Los que han vivido permanentemente en las ciudades o no conocen la vida de los Territorios, no pueden formarse un concepto claro de lo que significa el esfuerzo de esos hombres a quienes la Nación ha confiado la delicada tarea de la educación y formación del carácter de sus niños. La exposición de algunos cuadros de escuelas de regiones fronterizas,

cuadros que a muchos de vosotros os son familiares, proporcionará una idea general al respecto y permitirá apreciar lo que vale ese esfuerzo.

Se trata de un lugar en alejada y agreste zona cordillerana del Chubut. Es en medio de la grandiosidad de esas montañas y a orillas del hermoso lago Futalauguén, en cuyas límpidas aguas parece reflejarse todavía la imagen de los rudos exploradores de esas regiones que aun conservan toda la sugestión de la leyenda. En medio del profundo silencio de la naturaleza se alza un rústico edificio construido con madera de esos bosques milenarios que cubren la región y cuyo perfume embalsama el ambiente. En él funciona una humilde escuela, análoga a tantas otras, a la que concurren niños desde largas distancias. Se trata de niños cuyos padres pertenecen a distintas nacionalidades y aun de hijos de aborígenes. Pero en el crisol de la escuela todos ellos se funden espiritualmente. Un joven maestro, perdido en medio de esas soledades, vive allí cumpliendo su misión que nunca como en esos casos adquiere el noble y austero carácter de apostolado. Carece de las comodidades más elementales y él mismo prepara y amasa su pan, como en un remedo del mandato bíblico. Algunos libros, entre los que figuran como un símbolo las obras de Sarmiento, constituyen su única compañía. No tiene comunicación alguna con el resto de la República fuera de la escasa correspondencia y de algunos diarios que de tarde en tarde llegan a ese apartado rincón. Pero es feliz y tiene la tranquilidad de conciencia que proporciona el cumplimiento austero del deber. La hogaza amasada por sus manos le sabe seguramente mejor que el exquisito pan de las ciudades. Todo allí es rudimentario y primitivo, pero también todo es puro. En ese apartado rincón se respira otro ambiente y se siente ensanchar el espíritu. Y cuando la canción nacional, entonada por voces cristalinas, se eleva en medio de ese marco grandioso de la naturaleza y de la soledad infinita de las montañas, resuena con otro acento, con otra modulación, con otro timbre, y llega al corazón e inunda el alma como no lo podría hacer jamás en el ambiente febril de lucha, de miseria y de afanes de las grandes ciudades.

Otra escuela que se alza allí en las apartadas regiones del Noroeste de la Patagonia. Perdido en medio de áridas montañas y a orillas del caudaloso Trocomán, río que recoge las aguas del deshielo de la cordillera, junto a algunas viviendas análogas, se alza el humilde rancho a cuyo frente flamea la bandera argentina. Esa escuela está enclavada en la montaña y a muchos kilómetros de la oficina de Correos más próxima,

situada también en un confín lejano, adonde llega cada cierto tiempo el eco de la vida del resto del país. Durante varios meses en el año la escuela queda aislada en absoluto y cortada toda comunicación con el mundo, pues las montañas de nieve que cubren la región la bloquean por completo. Los latidos de la gran metrópoli sólo llegan allí después de un largo período y como un rumor lejano. También el maestro debe bastarse a sí mismo, fabricar su propio pan y producir buena parte de lo que consume. Pero no está solo como el anterior, y su compañera le ayuda y reconforta en esa diaria y áspera lucha con la naturaleza hostil y a veces agresiva, no obstante la belleza que derrama por todas partes. Como el caudaloso río debe ser cruzado diariamente y con serios peligros por los niños que concurren a la escuela, he aquí que el maestro debe convertirse en obrero para construir con los precarios medios disponibles, un rudimentario cajón que permitirá el pasaje sin los riesgos anteriores. Y como si ello aun no fuera suficiente, el maestro crea una biblioteca que funciona también en su propio rancho, y en la que los humildes niños de la región podrán, en ese largo invierno, ampliar sus conocimientos e iniciar contacto directo con algunos de los grandes espíritus que honraron el pensamiento humano. Y esa escuela y esa biblioteca, instaladas en un humilde rancho, allá, en aquel lejano rincón del país, lejos de las ventajas más elementales de la civilización y en lucha con la naturaleza dura y hostil, constituyen un símbolo. Un verdadero símbolo, no sólo del esfuerzo que hace la Nación para difundir la instrucción, sino sobre todo del alto mérito que en esa cruzada corresponde al maestro anónimo, cuya obra y cuyos patrióticos afanes bendecirán seguramente las generaciones del porvenir.

Y estos cuadros no son únicos. Se reproducen en toda la vasta extensión de la cordillera patagónica, hasta el confín austral del país, acentuándose naturalmente las dificultades a medida que se avanza hacia el Sur.

Y si nos trasladamos a la frontera Norte del país, el cuadro es análogo. También allí el local es humilde, a veces miserable, carente de todo, pero el espíritu que anima a sus moradores suple a todo. También allí la vida se desarrolla en medio de penosas privaciones y de ásperas vicisitudes. La naturaleza, no obstante ser de características bien distintas a la del Sur, debe ser igualmente vencida por el hombre. Ya no se lucha allí con los rigores del frío, sino con el enervamiento del calor tropical. Y, a pesar de todo, también aparecen allí las maestras y los maestros que, consagrados a la enseñanza,

han debido alejarse muchas veces de la vida de familia, como si la tarea docente, cual nuevo sacerdocio, exigiera una consagración absoluta, excluyente de todo otro afeto que pudiera disminuir su intensidad. Se manifiestan conformes con su suerte y cumplen sus tareas con optimismo y con fe.

Tales son las condiciones en que luchan y trabajan los maestros de apartados rincones del país. Allá, más que en la urbe populosa, allá, a la vera casi del camino por donde avanza el progreso, entre la naturaleza agreste y esquiva, o pródiga y fecunda, pero cruel, allá como en nuestras provincias donde la pampa o la sierra, el río o la selva, tienen características propias y color y sabor nativos, allá en esas modestas escuelas se forma ese metal de puro argentinismo que habrá de volcarse en el crisol de las grandes ciudades, para darle al resultante el brillo y el color propios de la tierra, las virtudes de la raza y lo que tuvieron de grande y de noble los argentinos del pasado.

Vosotros, los maestros secundarios — dejadme que no os llame profesores — vosotros debéis concurrir a la grandiosa tarea de hacer la Argentina que soñáis; lo obtendréis, como esos maestros del desierto, si no olvidáis hablar al corazón de vuestros discípulos, ampliándoles la visión del porvenir, argentinizando espíritus, preparándolos para la ruda lucha de la vida, que *no es*, ni permita Dios que jamás lo sea, un simple deslizarse entre goces, que acabarían por privar al género humano de ese espíritu de lucha, de progreso, de más allá que acerca al hombre a su creador.

Vuestra misión ennoblece vuestros esfuerzos. Lo repito, sobre la base de un sano nacionalismo, del nacionalismo de nuestra noble Constitución, hay que educar la inteligencia y la voluntad. Hay que capacitar a la juventud para la lucha por la vida, no sólo mediante la adquisición de conocimientos útiles, sino también por la formación del carácter y la orientación del espíritu. Preparar hombres sanos de espíritu y fuertes de carácter es mucho más importante que formar hombres más o menos ilustrados pero débiles de voluntad, sin la necesaria confianza en el propio esfuerzo, y sin la capacidad oral que exige la vida de relación.

Continuad tesoneramente vuestra labor de la que depende en buena parte el porvenir del país. Y al proseguir la obra de los maestros primarios, prolongad el espíritu que reina en esas humildes escuelas cuya vida os he esbozado. Simple y primitiva ella, está más cerca del espíritu de la nacionalidad que la vertiginosa de los grandes centros. Luchemos, pues, por el progreso en sus múltiples manifestaciones, pero es-

forcémonos por conservar el espíritu fuerte, sencillo y confiado de esos hombres que en aquellas lejanías preparan el porvenir. Aceptemos el progreso material bajo todos sus aspectos, pero conservemos el espíritu, el gran espíritu de nuestro pasado.

Señoras profesoras, señores profesores:

Este acto habrá logrado un alto fin si así como nos ha reunido físicamente, pudiera propender a hacer de todas vuestras voluntades un haz armonioso y poderoso que contribuya a fijar en nuestra juventud las características de energía, de tesón, de amor al progreso y al trabajo, de justicia, de bondad, de heroísmo, de todo aquello que sugiere con sus suaves colores y con sus glorias la bandera de la patria, lo mismo la paseen manos infantiles o la eleven los brazos robustos de nuestros soldados.

Una fiesta de esta clase es una fiesta augural del porvenir; demos forma, pues, a nuestras nobles inquietudes, elevando nuestros espíritus para asegurar en aquél la grandeza de la patria”.

TALLERES GRAFICOS DEL
CONSEJO N. DE EDUCACION
1934